



EDICION DE LUJO.	DIRECTORA,	EDICION ECONOMICA.
Dos reales	LA BARONESA DE WILSON.	Un real
AL RECIBIR EL NÚMERO.	EDITORES PROPIETARIOS,	AL RECIBIR EL NÚMERO.
	J. CASTRO Y COMPAÑÍA.	
Año I.	Madrid 13 de Noviembre de 1871	Núm 6.º

SUMARIO.

Revista de modas y labores, por la Baronesa de Wilson.—Exposicion nacional de Bellas Artes, por F. Lopez Echegarreta.—La Caridad, por Manuel Moreno y Reina.—El Libro del corazon, por D. Ramon Ortega y Frias.—Revista de teatros, por el Marqués de San Eloy —Explicacion de los grabados.

REVISTA DE MODAS Y LABORES.

La mujer es, ó debe ser siempre, la abeja laboriosa de la casa, y aun cuando su fortuna la autorice á no necesitar la más estricta economía, la prosperidad de su hogar doméstico depende, así como el porvenir de sus hijos, de su buen tacto, orden y económicas disposiciones.

Gracias á su ingeniosa imaginación, puede la mujer vestir bien, hasta con lujo, y sin que sus gastos sean exorbitantes. Saber dirigir la modificación de sus trajes y aprovechar los encajes, limpiándolos, preparándolos para ostentarlos de nuevo en los abrigos de terciopelo ó en los vestidos de teatro ó de sarao, es ciencia necesaria en la mujer, pues si bien numerosas señoras pueden dispensarse de hacerlo por sí mismas, deben siempre saber mandarlo.

La moda actual se presta á variadas combinaciones, y facilísimo es arreglar unos vestidos para sobrefalda ó túnica, y otros para primeras faldas, formando un elegante traje. ¡Qué gracia, qué buen gusto puede revelar uno de esos lindos vestidos, originales en la forma, pero que prestan juvenil atractivo y seductora coquetería, de esa coquetería de buena ley que debe ostentar toda señora distinguida. Todo consiste en

la magia del buen corte y en la manera de colocar los adornos y saber armonizar los colores.

Los vestidos claros no pueden ya lucirse en las calles ni paseos, y preciso es reservarlos para los teatros y reuniones.

Como trajes de verdadera etiqueta, hemos visto algunos de terciopeto de una distincion indescribible: tambien otros de los llamados *Pompadour*, mil preciosas florecillas sembradas sobre fondo negro, azul ó violeta, prefiriendo el primero, por ser más á propósito para visitas.

El paño de seda y el de damas, es elegantísimo para vestidos de invierno, adornados con la misma tela, con terciopelo ó raso.

Para batas, aconsejaremos á nuestras lindas lectoras que deseen preservarse del frio, esos preciosos cachemires bordados, ó bien los lisos, adornando los delanteros con felpa, lo cual es elegante y no muy costoso. Más modestas son las telas escocesas, y en ese caso el adorno ha de ser de seda ó de cachemir picado y entretelado, cuyo efecto es bonito y está al alcance de la fortuna ménos elevada.

Varias de nuestras numerosas suscriptoras nos preguntan si el miriñaque ha perdido por completo su prestigio; vamos á contestar.

Las faldas voluminosas han decaido enteramente, y sólo se necesita sostener el vestido, para lo cual aconsejamos la falda *Siberia* de lana dulce y con dos aceros, el primero como á media falda y el segundo al borde; pero formando un círculo muy pequeño, exclusivamente para sostener el traje.

Para vestir y para trajes que no sean para carruajes, la falda *Dubarry*, igual á la anteriormente descrita, pero blanca y de algodón.

Los lindísimos cinturones de crespón de China, lisos ó de colores escoces, reinan hoy sin rival, así como los gracio-

esos abriguitos de terciopelo negro con aldetas ondeadas y sin mangas: generalmente, los modelos que de París hemos visto tienen escote cuadrado, con camisolin rizado y mangas de encaje negro.

Estos mismos, más pequeños, sean de terciopelo azul, sean de seda de ese color ó de otro adecuado al traje, se llevarán mucho para teatro y reuniones de confianza.

Nosotros podemos ofrecer á nuestras lectoras un terciopelo á propósito, buena clase, buen negro, y como recibido directamente de París, á un precio excesivamente módico, pues no cuesta más que á 60 rs. vara, casi la mitad de lo que costaría comprado en un comercio.

Como en este número hay trajes y abrigos para la estación que empieza, nos limitaremos á describir algunos vestidos para teatro y reunión.

Nada más elegante y lindo que el que noches pasadas lucía en la Opera la hermosa señora de C... Era de seda verde mar, con escote Luis XV, y fichú María Antonieta, de encaje de Brujas, el que cruzaba, y rodeando la cintura sus largas caídas bastante anchas, formaban como una aldeta por detrás.

En los cabellos ostentaba un lazo de encaje sujeto con un alfiler de diamantes; la manga de encaje, forma Luis XV, dejaba descubierto el brazo, en el cual brillaban dos preciosas pulseras.

Encantadora también estaba la linda marquesa de H., que aún cuando hija de la nebulosa Albion, tiene suma gracia y gentileza, realzada esa noche por un vestido de crespon de China, blanco, con túnica azul celeste adornada con encajes blancos, y graciosamente drapeada; el corpiño formaba largas aldetas por detrás, y en el pecho y los cabellos, descollaban dos lazos azul celeste, armonizando con las rubias trenzas de la bella extranjera.

Preciosas telas blancas con bordados plateados, dorados y coral, hemos admirado en uno de los comercios más elegantes de Madrid, y nos han parecido de un efecto maravilloso para bailes y conciertos, y sobre todo de exquisito buen gusto y verdadera novedad.

II.

Continuando nuestro propósito, para proporcionar á nuestras lectoras todas las noticias necesarias en la próxima Navidad, época de obsequios y de recuerdos, describiremos una linda relojera.

El fondo se forma con un pedazo de carton de 23 centímetros de largo por 10 de ancho en la parte más extensa.

Este carton se cubre por un lado con raso oscuro, algodonado ligeramente y formando alegrías; hecho esto se pone una cinta de seda, y se borda todo al rededor sobre ella con doble cruz: el centro ó bolsa para el reloj, se corta de carton y se cubre con seda oscura, bordando las hojas y las flores al punto ruso, y perlas de oro, bordeando los contornos con un biés de raso muy estrecho, y colocando nueve pequeñas borlas en todo el contorno del bolsillo.

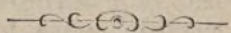
Esta labor es sencilla, pero de muy buen efecto.

Otro obsequio para una amiga querida ó hermana, es un acerico de olor para poner entre los pañuelos.

Se hace con seda color amarillo claro, dividiéndola en cuadritos formados con seda de color más fuerte; debe tener 30 centímetros en cuadro; la parte inferior es de carton cubierto con seda blanca, y el centro exterior está bordado con felpa ó hilo de oro; los bordes están adornados con terciopelo oscuro, un rizado de raso y un lazo en cada extremo.

Dentro se forma como una pelota cuadrada rellena con salvado y polvos de azucena, jazmin, ó bien otro perfume que agrade más; es tan bonito como sencillito y de buen gusto.

La Baronesa de Wilson.



EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES.

II.

Hay un cuadro en la Exposicion de Bellas Artes que todo el mundo se para á contemplar con verdadera admiracion;

pero que pocas personas comentan ó juzgan. Como el público tiene siempre para todas las cosas, y para las Bellas Artes más, un gran sentido práctico, no hemos echado en saco roto esta observacion, con el propósito de adivinar la causa de esa mezcla de admiracion y de indiferencia que se nota entre los que se detienen ante el lienzo de que nos ocupamos.

Pero antes de dedicarnos á su exámen, digamos algunas palabras sobre el asunto. El cuadro representa la *Muerte de Séneca*, y su autor es D. Manuel Dominguez y Sanchez.

Séneca era un patricio romano nacido en España, de los tiempos de Neron. Rico, opulento, fastuoso, y lleno de ideas egoistas y escépticas; Séneca, sin embargo, pasaba y aún pasa hoy por uno de los sabios más notables de su época. No trataremos de hacer el retrato de este célebre personaje; sólo diremos que distinguidos historiadores le pintan como un hombre despreciable en sus doctrinas como filósofo, y pequeño ó raquíutico en su conducta en la vida privada.

Fué maestro de Neron en los primeros tiempos; mas harto de la tiranía de éste y hostigado por otros patricios, se adhirió y tomó parte activa, en union de sus amigos Piton y Lucano, en una conspiracion contra la vida de su discípulo. Pero la conspiracion fué descubierta y condenados á muerte muchos nobles por hallarse complicados en ella.

Para desdicha y baldon del nombre de Séneca, aunque los emperadores romanos tenían en aquellos tiempos el derecho de mandar matar á los ciudadanos confesos y convictos de rebelion, era costumbre, sin embargo, notificar solo la sentencia á los reos que eran nobles, y dejarles luego que ellos la cumpliesen, eligiendo el género de muerte que más les pluguiese.

Así se hizo con Séneca; pero Séneca eligió la peor, la más cobarde de las muertes, sin acordarse que de ella se hablaría en las futuras edades. Por supuesto que antes tentó todos los resortes que halló á mano para salvar la vida, y no retrocedió ni aun ante la idea de enviar á su madre á implorar gracia á los piés del tirano. Mas todo fué en vano: Neron no era hombre que se dejara conmover con súplicas y lágrimas: era cruel y poderoso, estaba ofendido y deseaba vengarse; era preciso que Séneca muriera.

Séneca se convenció al fin de la inutilidad de sus esfuerzos, y se decidió á morir. Mandó disponer un baño de agua fria, se desnudó tembloroso y sobrecogido de espanto, y abriéndose las venas de la mano, se tendió en el baño.

Pero el agua permaneció limpia y trasparente.

Tal era el espanto, tal el terror que se habia apoderado del opulento y noble patricio, que la sangre se paralizó en sus venas hasta el punto de bastar la frialdad del agua para impedirle la salida por la herida.

Fué preciso salir del baño para que le sustituyeran por otro de agua templada, y al fin, despues de tantas vacilaciones y contratiempos, el calor de la nueva agua ayudó á restablecer la circulacion, y la sangre brotó en abundancia, tiñendo el agua de rojo, lo cual daba á la escena el aspecto de un hombre que se baña en sangre pura.

El cuadro del Sr. Dominguez representa á Séneca dentro de la pila, pero sin vida ya. Uno de sus amigos, sentado en un pequeño asiento, apoya su cuerpo en el borde del baño en una actitud desesperada. A la izquierda, y cerca de una puerta, hay un grupo de tres figuras, de las que una vuelve la espalda al espectador y parece referir el suceso á las otras dos. Otro personaje se dibuja á la derecha cruzado de brazos y la vista fija en el pálido cadáver de Séneca.

La relacion que acabamos de hacer da una idea de la pobreza del asunto elegido por el Sr. Dominguez. No es asunto pictórico la muerte de Séneca, porque no puede desarrollarse íntegra y completamente en un momento dado, y cuyos momentos anteriores puedan expresarse por accidentes. En el cuadro de la muerte de Lucrecia, no sólo expresa su autor la muerte de la virtuosa romana, sino que colocando el puñal en la mano de Bruto y dando á éste la expresion de dolor que su rostro revela, indica claramente que no fué mano extraña la que hundió el cuchillo en el seno de Lucrecia, sino ella misma por su propia voluntad.

La prueba de lo falto de condiciones pictóricas que es el momento histórico elegido por el Sr. Dominguez, es la indiferencia con que todo el mundo mira el asunto; así es que se admira la ejecucion, pero ni interesa ni cautiva la escena.

En general puede asegurarse que todos los defectos que tiene el cuadro, provienen de esta mala y desdichada elección. Por ejemplo, el Sr. Domínguez tropezó desde luego con la dificultad de presentar un hombre metido dentro de un baño. El problema era difícil de resolver, porque no se podía prescindir de que se viera la figura principal de la composición, y esto solo presentaba dos soluciones: ó hacer el baño de cristal, lo cual hubiera sido el *non plus ultra* del disparate, ó aguzando el ingenio y haciendo un poderoso esfuerzo de imaginación, mentir y dar á la mentira con un rasgo de genio los visos de la verdad.

Esta última fué la solución adoptada por el Sr. Domínguez, solución mala sin disputa, pero la única posible; y esto prueba una vez más las pocas condiciones pictóricas del asunto, que hasta opone obstáculos á la representación.

Séneca parece tener los pies apoyados en el fondo del baño, mientras que la cabeza reposa sobre el borde superior; de este modo el espectador ve el tronco, la cabeza y uno de los brazos, que cuelga fuera de la tina.

¿Pero es natural esta posición? De ninguna manera, porque no está la dificultad en la conservación del cuerpo en aquella postura, que después de todo está justificada por la rigidez propia del cadáver, sino en la manera como llegó á ella. ¿Le colocaron sus amigos? Sería para sacar de apuros al pintor, porque no se vislumbra que pudiera haber otra razón. ¿Se hallaba de aquella manera en el momento en que sobrevino la muerte? Entonces la muerte y la rigidez de los músculos del cadáver, ocurrieron tan en el mismo instante, que sería necesario admitir para la muerte de Séneca nada más tan rara coincidencia.

Y sin embargo, está tan admirablemente estudiada la parte anatómica, hay tanta verdad en la palidez de aquel cuerpo sin sangre, y ha huido tan hábilmente el artista del peligroso abismo de lo repugnante, que se olvidan con facilidad los defectos, para no ocuparse más que de las innumerables bellezas que contiene el cuadro en general.

Pero donde el Sr. Domínguez puso á prueba todas sus facultades (que tiene muchas y buenas), fué en la figura de Lucano, el amigo de Séneca. Ver esta figura y adivinar al instante sus movimientos anteriores al momento en que el artista le presenta, es obra de un segundo.

Al contemplar tan valiente ejecución, parecele al espectador ver entrar en la estancia del pobre patricio al amigo leal, caer transido de dolor á la vista del yerto cadáver, casi exánime, sobre un asiento, y abandonar el manto sobre las rodillas, para cubrirse el rostro con las manos.

¡Cuánto abandono en la postura! ¡Qué expresión en la actitud y qué gracia y movilidad en los pliegues del ropaje! Aún parece que se ven las huellas de los dedos de la mano en el manto recogido sobre la pierna izquierda.

En cuanto al grupo de la izquierda, diremos que está bien estudiado, que se modela admirablemente y que compone bien.

En cambio no comprendemos lo que este grupo significa. Desde luego suponemos que serán amigos de Séneca; pero no sabemos si se van, si acaban de entrar ó si estaban allí. El maldito asunto tiene la culpa de todo esto.

El dibujo es todo lo correcto que se puede desear, si se exceptúa la figura de la derecha, que está hecha con un poquito de descuido y tiene los brazos muy largos.

El colorido magistral, la entonación intachable.

Sabemos que el Sr. Domínguez es joven, y hemos visto por su cuadro, que tiene facultades, que es un artista de genio; párecenos, pues, inútil darle consejos que él ya habrá adivinado. Nosotros tenemos la seguridad de que el día en que el señor Domínguez tropiece con uno de esos asuntos que provocan el entusiasmo y ayudan la inspiración, desaparecerán los defectos que hemos apuntado, porque, como ya hemos dicho, son más hijos del mismo asunto que de la ejecución.

Hemos terminado con el autor de la muerte de Séneca, y como el espacio que nos queda es corto, y corto también el mérito del lienzo que representa á «La Heroína Agustina de Zaragoza,» nos ocuparemos del Sr. Hiraldez Acosta, su autor.

Bien conocida es de todo el mundo la heroica defensa de Zaragoza contra los franceses. En la mitad del ataque, y cuando ya los franceses se disponían á entrar en la plaza,

aumentó principalmente el fuego en la Puerta del Portillo, donde ya los cañones estaban abandonados y sin vida los que los habían servido. De pronto, una joven del pueblo, de veintidos años de edad y de bello rostro, arrancó la mecha, aún encendida, de uno de los que yacían en tierra, y aplicándola á un cañón cargado de metralla, causa un destrozo y mortandad horrible en una columna enemiga que avanzaba hacia la ciudad. En seguida se vuelve á nuestros artilleros, de los que ni uno solo había osado presentarse, y enseñándoles la mecha, jura no abandonar la batería mientras la vida le dure.

Tal ánimo varonil y resolución tan asombrosa vigoriza á los soldados, que se entusiasman con las palabras y el ejemplo de la joven, y acuden otra vez á los cañones, renovando un fuego tremendo. Aquella intrépida heroína era Agustina de Zaragoza.

En el cuadro del Sr. Hiraldez, la valerosa joven está en el momento en que aplica la mecha al cañón. Varios aragoneses heridos yacen en el suelo, y á lo lejos se descubre la columna enemiga, que avanza hacia la ciudad.

Desde el mismo instante en que echamos la vista encima de este cuadro, nos pareció malo; pero después que supimos que era del Sr. Hiraldez, nos pareció peor. ¿Cómo, decíamos nosotros, el autor de la jura en Santa Gadea ha podido pintar este lienzo? No es posible explicarse descenso tan notable, sino por un abandono imperdonable en su autor.

¿Creerán nuestros lectores que el cañón está apuntando á la columna enemiga? Pues si los franceses no hubieran sufrido más daño que el que les causó el cañón del Sr. Hiraldez, ya estábamos nosotros frescos, y los franceses con una plaza más, conquistada sin perder un hombre. Por lo visto, la heroína aragonesa no tenía muy buen ojo en esto de puntería, lo cual después de todo se explicará perfectamente el Sr. Hiraldez por la falta de costumbre; pero la historia es de distinta opinión, porque dice que la metralla del cañón hizo estragos en el enemigo.

Pero para que se vea lo que es cuando un cañón está en desgracia. La cureña riñó con él, no sabemos por qué razón, y así, mientras que él apunta á la derecha, la cureña se inclina á la izquierda; y bien mirado, eso de poner el eje de la cureña y el del cañón en un mismo plano vertical, es preocuparse mucho de la belleza en instrumento tan mortífero.

Por lo demás, podemos asegurar á nuestros lectores que jamás hemos visto un cañón tan nuevo, tan lustroso y tan brillante. Las llantas de las ruedas están acabadas de salir de la fábrica; ni polvo tienen. Bien es verdad que á pesar de lo nuevo, no hemos podido averiguar si es de bronce, hierro ó acero, como tampoco nos hemos podido explicar de qué modo en aquellos tiempos existían ya cañones con la recámara plana; pero esos deben ser secretos vedados al profano.

Nosotros no hemos estado nunca en una batalla, pero se nos figura que cuando ha habido tal fuego que los cañones se encuentran ya sin artilleros, debe haber un humo tal, que impida la visión de los objetos á cierta distancia, y en esto el Sr. Hiraldez no anduvo muy exacto, porque no se ve más humo que el que daría la más pobre y triste chimenea. La atmósfera está lo suficientemente limpia y clara para que puedan percibirse distintamente las siluetas más distantes. Este detalle, al parecer insignificante, quita al cuadro todo su interés y le hace frío y vulgar.

En cuanto á la heroína, el Sr. Hiraldez la ha tratado despiadadamente. Prescindamos de la parte superior del cuerpo, que es todo lo peor que hemos visto, y fijándonos en la inferior, díganos el Sr. Hiraldez de dónde ha querido sacar la pierna derecha de Agustina de Zaragoza. ¿No ve, por ventura, que está muy lejos de arrancar de su sitio, y que si desnudara á la infeliz joven había de aparecer con las formas más desdichadas y contrahechas que mujer alguna haya podido tener jamás? No digamos nada del rostro, que da gana de reír verla con tanto ojo abierto; y no parece sino que por ellos expresa su espanto, su miedo, en lugar de su entereza, su valor y su heroísmo.

Pasemos por alto el colorido, y pasemos por alto todo, porque si no no concluiríamos nunca.

Nos habíamos propuesto ser blandos con el Sr. Hiraldez Acosta, pero la idea de que puede hacer mucho más de lo



TRAJES Y ABRIGOS DE INVIERNO.

1.° Traje de cachemir verde.—La falda tiene un ancho volante al borde con cinco cintas de raso negro, colocadas de distancia en distancia. Segunda falda con grandes medias tablas formando escalon, y adornada con cinco series de cinta de raso negro: esta túnica es más larga por delante: corpiño con aldetas tableadas, largas por detrás y cortas por delante, con el mismo adorno que el resto: cinturón igual. Sombrero de castor verde, ovalado, adornado con terciopelo, plumas y encaje.

2.° Traje para vestir, de seda gris.—La primera falda de cola. La segunda, abierta por detrás recogida en puff, y formando delantal por delante, adornado con un fleco y un doble bias de raso gris más oscuro: corpiño con aldetas abiertas en el costado y por de-

trás, guarnecido con fleco, el cual forma la hombrera. Sombrero de crespon de China, adornado con flores, encaje y plumas.

3.° Traje para niña de ocho á doce años.—Vestido de satin de lana listada: la primera falda lisa, pero al bias: la segunda recogida á los costados: corpiño con aldetas: paletot de paño blanco, abierto por detrás y adornado con terciopelo: manga de codo con carteras de terciopelo: sombrero de castor gris con lazo de terciopelo y plumas.

4.° Vestido para visita de etiqueta.—Traje de terciopelo verde oscuro: falda lisa y de cola: corpiño con aldetas redondas adornadas con encaje: abrigo-casaca de terciopelo negro, corto por delante y muy largo por detrás, formando puff: manga ancha y berta cuadrada, figurada por el encaje *guipure*, con el cual está adorna-

do todo el abrigo: sombrero de terciopelo con plumas negras y lazo verde: bridas de encaje.

5.° Traje de paseo, de seda negro.—Primera falda, adornada con un ancho volante, fruncido y ondeado: dos bullonados á la cabeza y cabecilla festoneada: túnica lisa, abotonada por delante, ondeada: manga doble, una ajustada y otra ancha, ondeada y con botones: pelerina ondeada, figurando escote cuadrado: sombrero de castor negro, con cinta de faya y lazo con caídas.

6.° Traje para visita.—Falda de popelina color marron, adornada con un volante redondo por atrás formando túnica, y recto por delante. La segunda falda tiene un segundo volante, colocado lo mismo que el de la primera falda. Gabancito-casaca de terciopelo

lo inglés marron, abierto por delante y en los costados: mangas con cartera: sombrero de terciopelo color marron con guirnalda de hojas y caídas de encaje negro.

7.° Vestido para carruaje.—Este traje es de faya verde, bronceado. La falda es de cola, con un volante fruncido y un ancho bias: túnica formando puff, con grandes lazos á los lados: abrigo de cachemir negro, sujeto por detrás, en la cintura con un lazo de cinta y adornado con un rico fleco y pasamanería: sombrero de encaje negro, con plumas.

8.° Traje para niño de trece años.—Pantalón de paño azul oscuro: chaleco blanco: chaqueta redonda, abierta y con cuello de terciopelo negro: corbata de seda azul: sombrero de castor.

que ha hecho, nos ha obligado á desistir á de nuestro propósito. Sentimos tener que tratar duramente á tantas de ya reconocido mérito, pero ante todo está nuestra imparcialidad tratándose de una severa crítica.

F. LOPEZ ECHEGARRETA.

LA CARIDAD.

Hija de Dios muy querida
es la caridad mi nombre,
y tenerme causa al hombre
inagotable placer;
yo apacible hago su vida,
yo le doy tranquilo sueño,
y si el dolor es su dueño,
alivio su padecer.

Yo consuelo al desgraciado
que fervoroso me implora,
la mano tiendo al que llora,
y disminuyo el pesar;
nunca en balde me ha llamado
el mísero desvalido,
que en su socorro he venido
al punto sin vacilar.

Me deleita la bondad,
y la sangre me estremece;
mi mano jamás ofrece
la pistola ni el puñal;
nunca me siento cansada
para hacer un beneficio,
y apartado del precipicio
al cegado por el mal.

Yo me formé de dulzura,
me alimentan bendiciones,
me enseñaron las pasiones,
y Dios la virtud me dió;
así endulzo la amargura,
así combato el delito
y doy placer infinito
á quien en mí confió.

Y cerca de la agonía
un goce le proporciono,
digo, nada más perdono
á mi enemigo cruel;
y de Dios, con alegría,
estrecho los tiernos lazos
que los unen, y en mis brazos
irá donde mora él.

Manuel Moreno y Reina.

Valencia 28 de Octubre.

EL LIBRO DEL CORAZON,

NOVELA DE COSTUMBRES

DE D. RAMON ORTEGA Y FRIAS.

(Continuacion.)

Magdalena exhaló un grito.

No acertó á replicar.

Hasta entonces, habia podido dominarse, discurrir y luchar; pero se sintió profundamente turbada y desapareció por completo su energía.

—Medita,—dijo don Pedro,—y al amanecer me participarás tu resolución.

No pronunció una palabra más el anciano.

Con pasos lentos salió de la estancia.

Magdalena miró á su alrededor.

Sus negros y magníficos ojos empezaban á brillar con el fuego de la fiebre.

No brotaron entonces lágrimas de ellos.

Su respiracion era violenta y desigual.

Su rostro, antes pálido, habíase tornado lívido.

¡Reflexionar!...

No era posible que la infeliz reflexionase.

El efecto que le habian producido las últimas palabras de su padre, no puede hacerse comprender.

En el alma de Magdalena se hizo la lucha doblemente tenaz y desgarradora.

Su frente se contrajo.

Su cabeza se inclinó sobre el pecho.

Quedó inmóvil.

Reinó entonces el silencio más profundo.

De vez en cuando se oían resonar los lúgubres graznidos de las aves nocturnas, y el ruido de la corriente del Guadalquivir percibíase como un eco lejano, confuso y misterioso.

El céfiro blando continuaba arrebatando á las flores su delicado perfume.

Y la luna enviaba á la tierra sus resplandores nacarados.

Y el cielo, sonriente y puro, continuaba cuajado de estrellas.

Pasaba el tiempo, y bien pronto el rey de los astros dejaría ver su cabellera de fuego.

¿Qué haría Magdalena?

En completa libertad la habia dejado su padre; ¿pero de qué le servía?

La vaporosa faja del crepúsculo se extendió en Oriente.

Magdalena no se habia movido.

Los habitantes de la casa despertaron y se pusieron en movimiento.

Era aquel un día de fiesta, de regocijo, de suprema felicidad.

Don Pedro salió también de su dormitorio, y fué al aposento donde aún se encontraba su hija.

Contempláronse aquellas dos criaturas desdichadas sin igual.

—¿Qué has decidido?—preguntó el anciano.

La joven se levantó enérgicamente, y respondió:

—Estoy dispuesta.

—¡Hija mía!...

—¡Padre de mi alma!...

—Dios hace dichoso al padre que ha sido buen hijo.

Abrazáronse.

Diez minutos después nadie hubiera podido adivinar que el alma de Magdalena se agitaba en medio de la borrasca más espantosa.

Pálido estaba su rostro y melancólica era la mirada de sus negros y grandes ojos; pero sus labios se entreabrian para sonreír.

La corona virginal fué colocada sobre su hermosa cabeza.

¿Quién hubiera podido apreciar entonces el valor de aquellas sonrisas?

III.

Y en tanto que Magdalena se disponia para el sacrificio horrendo, es decir, cuando los primeros rayos del sol se dejaban ver, dos ginetes atravesaban las calles de la bellísima ciudad, deteniéndose á la puerta de una posada.

Eran amo y criado, y mientras éste llevaba á la cuadra las fatigadas cabalgaduras, instalábase el otro en el aposento que se le habia preparado.

Dijo que ningún alimento queria entonces; se quitó el sombrero, sentóse junto á una mesa y sacó algunos papeles.

Era el viajero un hombre como de treinta y cuatro años, de organizacion robusta y de maneras distinguidas.

Su semblante no tenia de particular otra cosa sino que expresaba la bondad.

Debia ser una de esas criaturas para quien la paz es una de todas las dichas.

Su actitud era la de un hombre que está muy preocupado y agobiado por pensamientos muy desagradables.

De entre los papeles que habia puesto sobre la mesa, tomó uno y lo desdobló.



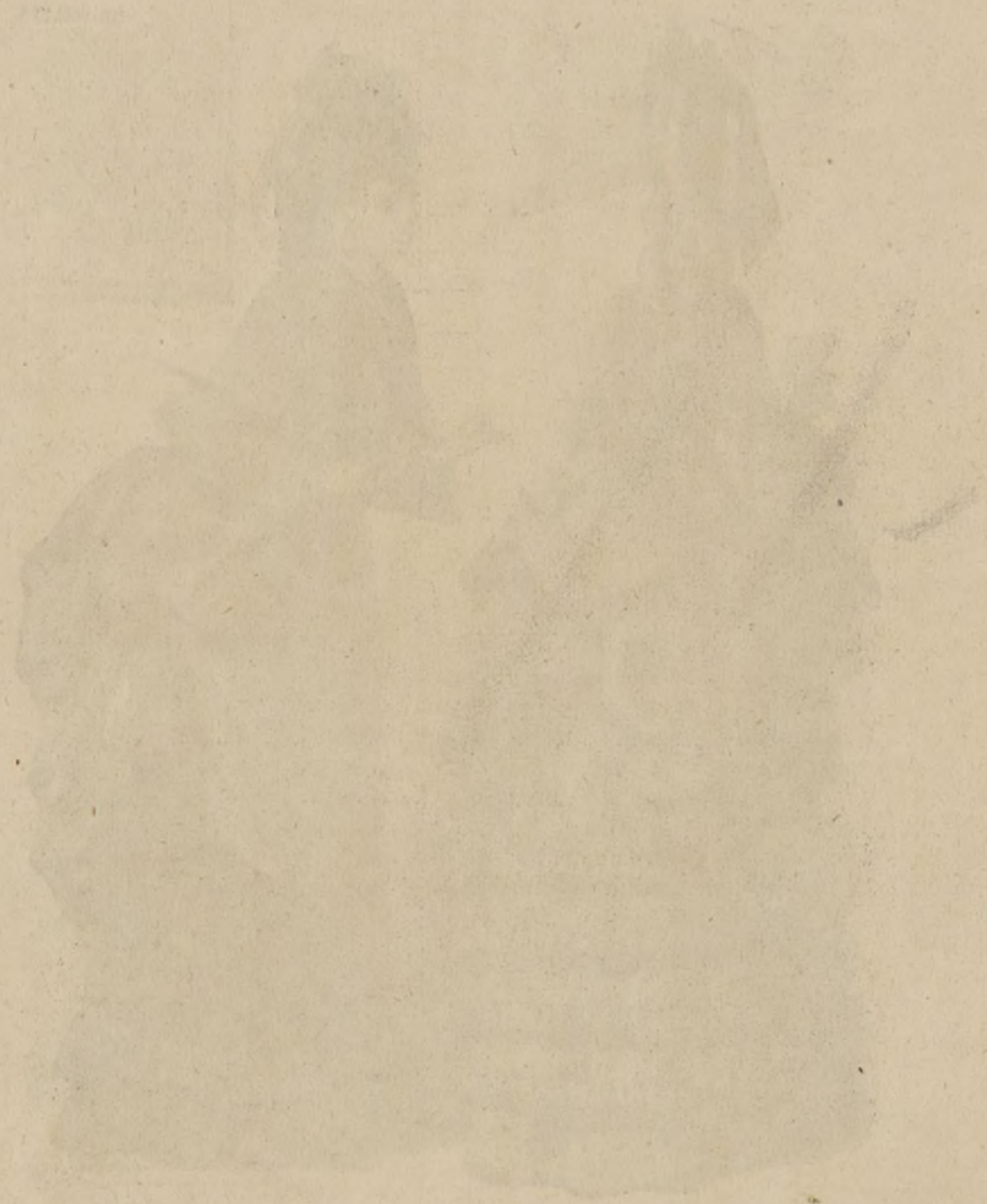
HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



EL ULTIMO FIGURIN.

ADMINISTRACION, PLAZA DE LA CEBADA, NÚM. 11.--MADRID,

6.º 71



Era una carta que habia leído muchas veces.

—Esto es terminante,—murmuró;—pero aún quiero ver.

Y leyó lo siguiente:

«Mi querido hermano: Te escribo por segunda vez con el alma rebosando alegría y tristeza al mismo tiempo, considerando dichoso y sufriendo mucho.

«Soy dichoso, porque al fin he comprendido mis deberes, y sufro mucho, porque me hacen sufrir los recuerdos de mi negra historia.

«¡Cuántas veces recuerdo tus dulces palabras!

«Dices bien: no hay en este mundo otra dicha, otra felicidad, otro goce, que la tranquilidad de la conciencia.

«Quiero tranquilizar la mía, con tanto más motivo, cuanto que puedo hacerlo satisfaciendo á la vez el anhelo de mi corazón. Quiero á toda costa vivir en paz.

(Se continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

El laudable celo con que la empresa del teatro de la Ópera trata de complacer á los concurrentes al coliseo de la Plaza de Oriente, se ve cada vez más recompensado por el ilustrado é inmenso público que acude á oír las producciones de Donizetti, Gounod y Verdi.

Después de las representaciones del *Fausto*, comenzaron las de *La Favorita*, que con gran ansiedad era esperada por parte del público que llenaba todas las localidades, ansiedad tanto más natural, cuanto que *La Favorita* es una de las óperas más conocidas del público madrileño, y de las que mejor ha oído cantar por artistas de primísimo cartel.

La señora Urban fué oída con alguna frialdad al principio, lo cual parecia tenerla intranquila y temerosa; pero al llegar al ária, bien fuera porque las sublimes melodías del inmortal Donizetti la entusiasmaran, ó ya porque tuviese en aquella parte de la ópera más confianza que en el resto, después de todo temor y empezó el ária con tal sentimiento y expresión tan bien interpretada, que el público se encontró verdaderamente sorprendido. Al terminar, un nutrido aplauso fué la recompensa á su talento, haciéndola salir á la escena el público hasta tres veces. De allí en adelante hasta el final de la ópera, la señora Urban era otra artista; habia perdido el recelo de una muestra de desaprobación, y su actitud en la escena, su acción, su voz y su estilo eran otros.

El tenor Piccioli hizo su debut en esta ópera, y este fué su error. *La Favorita* es preciso cantarla en Madrid muy bien, perfectamente bien, ó no cantarla; porque de lo contrario, el tenor sobre todo, está expuesto á un fracaso; afortunadamente, el Sr. Piccioli no tuvo que lamentar ninguno; pero le anduvo cerca.

Empezó el Sr. Piccioli á cantar con un miedo supino; no acertaba á emitir la voz, ni hallaba de qué manera moverse en la escena; todo su afán era vocalizar con la menos voz posible, como si temiera que le oyesen, y no faltó ocasión en que ni siquiera modulaba las notas.

Al fin adquirió más bríos, y entonces fué cuando el público pudo juzgar de sus condiciones y de su talento. Una cosa y otra tiene el Sr. Piccioli; pero á la legua se advierte, sin necesidad de ver su persona, que es aún muy joven, y que empieza ahora á pisar las tablas de la escena.

En la ópera, la principal dificultad para el artista no está en las melodías, sino en el recitado. La melodía, por larga que sea, no expresa sino un solo sentimiento más ó menos vehemente, pero sencillo, incomplejo; de modo, que el artista puede entregarse de lleno á la interpretación de una sola idea culminante, el amor, ó los celos, ó la rabia, ó el dolor. Además, la combinación de los sonidos tiene ya de por sí bastante belleza para que conmueva sin necesidad de la expresión que le presta la interpretación del canto en un buen estilo; así, sucede que agrada oír una bien compuesta melodía, aunque sea tarareada, con tal de que lo sea con bastante oído músico. El recitado es de condición muy distinta: en él todo es variado, todo complejo y multiforme: una sola palabra basta para trocarle de dulce y apacible en apasionado

y vehemente, y tan pronto expresa la rabia como la resignación, el dolor como la alegría, el amor como el odio. Esto es lo verdaderamente difícil para el artista, lo que debe expresar con más cuidado, y lo que nosotros recomendamos al Sr. Piccioli que estudie mucho.

Por lo demás, no tema lanzar con fuerza su voz, que es preciosa, ni olvide nunca el vocalizar tan bien como ahora lo hace.

Del barítono Sr. Quintilli-Leoni, que es el artista que más gustó en el desempeño de la ópera, nos ocuparemos en otra ocasión.

Al asistir noches pasadas á la primera representación en el teatro del Circo de la obra del Sr. Fernandez y Gonzalez, que lleva por título *Aventuras imperiales*, creíamos hacerlo á una obra nueva, y como tal la habíamos anunciado en nuestra revista anterior, puesto que no la conocíamos; mas personas que nos merecen entero crédito nos han asegurado que esta linda comedia de capa y espada se estrenó hará unos cinco años en el teatro del Príncipe, hoy teatro Español. Sea nueva ó no lo sea, el resultado es que entusiasmó al público, si no con la novedad y el interés del asunto, con los magníficos versos, que hacen de esta obra una verdadera joya literaria. Tres veces fué llamado el autor al palco escénico, recibiendo salvas de nutridos aplausos, de los que una buena parte correspondía á los intérpretes de ella, que supieron realzarla con su talento y habilidad indisputables.

Si la comedia *Aventuras imperiales* no se sostiene mucho tiempo, no será por culpa de la obra, sino por la avaricia de nuevas producciones que muestre el público y por la actividad con que la empresa procura satisfacer sus deseos.

El testamento de Acuña, lleva por título el drama recién estrenado en el coliseo de la calle del Príncipe, drama que antes de representarse y después de representado, ha producido tanta sensación como ocasionado contrarios juicios.

No queremos partir de ligeros criticando una obra como esta, bajo la primera impresión recibida, y nos limitaremos por hoy á consignar su éxito y á hacernos eco de lo que se dice sobre su historia.

El testamento de Acuña comenzó por anunciarse misteriosamente como obra de un autor aun más misterioso, que la habia remitido á la empresa bajo sobre, y que esta se habia apresurado á repartir, creyéndola digna de ser conocida.

No se necesitaba tanto para excitar la curiosidad general, y este sentimiento fué sin duda el que llenó desde la primera hora todas las localidades de un público impaciente.

Los ánimos de los que conocían la obra, no estaban, sin embargo, muy tranquilos. Aquella mañana los actores parecían inquietos como si presintiesen un peligro, y se comunicaban unos á otros en voz baja sus impresiones é ideas, y un rumor, tan misterioso como la obra, se cernía sobre el coliseo.

Pero después de todo esto, *El testamento de Acuña* no respondió á lo que se esperaba ni á lo que se temía. Al levantarse el telón comenzó á escucharse en medio de un silencio casi religioso, procurando cada cual adivinar quién fuera el autor incógnito, ya por el artificio, ya por las ideas, ya por el lenguaje.

Concluido el primer acto pronunciábanse en los palcos, en las butacas, en los pasillos, los nombres de muchas notabilidades literarias, porque, en efecto, aquel primer acto prometía mucho y estaba escrito con gran corrección.

En los dos actos siguientes fué lentamente decayendo el drama; el público sufría otro nuevo desengaño, pero no tan grande como para apagar su curiosidad ni impedirle apreciar ciertas bellezas; así es que aplaudió con bastante espontaneidad pidiendo el nombre del autor. Todavía después del segundo acto se le quiso tener suspenso una hora más. Sólo al finalizar la obra declaró el Sr. Calvo que el autor estaba en Canarias, y pronunció un nombre extraño que todo el mundo tomó profundamente por anagrama ó seudónimo.

En resumen: *El Testamento de Acuña* tiene algunas escenas excelentes, por las cuales ha gustado y creemos dará buenas entradas; pero estamos tan lejos de aprobar las exageradas alabanzas que ciertas entidades le tributan, como de admitir

